

haber abordado un siglo, el XVII, tradicionalmente olvidado por la crítica, sino también el del gran esmero y cuidado que ellos (editores y traductores) han puesto de manifiesto en la selección de las autoras, así como de los poemas traducidos. Asimismo, la minuciosidad de los datos aportados a la breve biografía que se incluye para cada autora no sólo permite conocer mejor su obra, sino que además esta contextualización resulta de gran interés para los estudiosos de la literatura inglesa y de la traducción poética al español.

[CRISTINA HUERTAS ABRIL]

David HERBERT LAWRENCE: *Apocalipsis*. Traducción, Introducción y Notas de José Luís Palomares. Editorial Cuadernos de Langre. Biblioteca Paralela. San Lorenzo del Escorial, Madrid, 2008. 125 págs.

En su última obra *Apocalypse* escribía poco antes de morir el más controvertido de los autores ingleses del siglo XX, D. H. Lawrence: “lo que ansía el hombre con más pasión es la totalidad y la armonía viva, no la salvación individual de su alma. Soy una parte del sol, al igual que el ojo es una parte de mismo. Que soy un trozo de tierra lo saben mis pies y mi sangre es un trozo de mar”. Tal vez por ello, cuando murió en 1930, prematuramente, la afamada revista literaria “The Criterion”, dirigida por el ultraconservador T. S. Eliot, no se enteró, a pesar de que otro gran crítico le dedicara en esos días este panegírico: “the greatest imaginative novelist of our generation (has died)”. Eran palabras de otro gran escritor y crítico, E. M. Forster.

También ésta fue la última traducción de José Luís Palomares, quien nos ha dejado también prematuramente hace solo un año. Una larga y afectuosa amistad me mueve a dedicarle esta reseña con admiración, no exenta de contenida emoción, por este magnífico traductor y poeta, profesor y ensayista erudito, y editor selecto. A las prestigiosas editoriales SWAN y Cuadernos de LANGRE de San Lorenzo del Escorial les infundió su entusiasmo intelectual, toda la energía vital y toda la sensibilidad que irradiaba su persona. Como traductor estoy seguro de que no le hago del todo justicia si digo que era un gran mago de la palabra, que poseía no sé qué arcanas claves para traducir magistralmente a los poetas más complejos, como eran William Blake (*El Libro de Urizen*, Hiperión) o T.S. Eliot (*La tierra baldía*, Cátedra). En esas traducciones nadie lo ha superado, y por lo alto que deja el listón, dudo que alguien lo haga algún día. El vacío que deja difícilmente se podrá colmar.

En la obra de Lawrence que reseñamos, como en todo aquello que traducía Palomares, había algo de su propia forma de pensar y de ver la vida, porque era un “traductor apasionado”, y como tal, ha dejado su

impronta en el texto de llegada. En *Apocalipsis* Lawrence ve un texto impregnado de múltiples sentidos, y no de uno determinado o fijo, cuya exégesis exige un cuidadoso estudio en cuatro niveles, a saber, el literal, el alegórico, el moral y el anagógico. De ellos –dice nuestro prologuista– es el último el que encierra los secretos de la Escritura, el que va dirigido al ojo del espíritu o de la imaginación.

Lawrence se acerca al libro de la Revelación de dos maneras, como poeta y como antropólogo moralista. Era una época propicia para toda laya de profetas y visionarios, y también para los predicadores de una nueva civilización que signifique un giro radical. La primera Gran Guerra había sembrado de destrucción la vieja Europa y la catástrofe inminente de una segunda cuestionaba sus rancios valores morales. Era el tiempo de los Conrad, los Orwell, los Huxley, los Forster, llenos de pesimismo por una civilización que corría, y en ello persiste aún, desbocada hacia el abismo.

Lawrence lamenta los significados fijos que se les ha dado a los libros de las Escrituras: “La Biblia que mataron para nosotros, o para algunos de nosotros, al fijar arbitrariamente su significado”. De hecho, Lawrence, como buen crítico literario, nos dice que los sentidos de un libro bien escrito no se agotan en las primeras lecturas: “Un libro se halla vivo mientras tiene poder para conmovernos, y conmovernos de un modo distinto, en tanto que lo hallamos distinto cada vez que lo leemos.”

El cuestionado San Juan autor del *Apocalipsis* –Lawrence asegura que es otro, un Juan de Patmos vengativo y lleno de rencor y odio hacia el poder establecido: “Juan planeaba en él un grandioso esquema para borrar del mapa y exterminar a todo aquel que no fuera del pueblo elegido, y ascender él mismo directo al trono de Dios. De parias despreciables pasarían a ser los gallitos del lugar, en el Cielo.” Uno no puede por menos de recordar ese otro *Apocalypse*, el filme de Coppola, inspirado en la obra maestra de otro moralista victoriano, Joseph Conrad, titulada *Heart of Darkness*. En ella quienes desatan toda la ‘justicia divina’ contra el despreciable pueblo vietnamita, merecedor de todo castigo de manos de los servidores de Dios, son los jinetes americanos de los últimos días, vengadores de una civilización respetuosa y adoradora del Dios de la Revelación.

Esa era la religión que no toleraba Lawrence desde su infancia cuando le empapaban su indefensa conciencia con los hechos de un Dios iracundo y vengativo en un tono altanero y vulgar. Lawrence razona el porqué del Apocalipsis, sus raíces paganas ancestrales (culto samotraciano, los saturnalia, los ritos dionisiacos, los pitagóricos, etc.), su sentido entonces y su sentido hoy día, en la lectura hecha por los devotos fieles que causan más horror que admiración: “Porque el enigma de la esfinge en torno al hombre resulta tan terrorífico hoy como lo era antes de Edipo,

incluso más. Pues ahora se trata del enigma del hombre que está muerto en vida, lo cual nunca sucedió antes.” Ya había profundizado en los ritos paganos ancestrales en *Etruscan Places*, de 1932, que perduran en la tradición y cultura toscanas y que, como herederos invadidos, habían recogido el testigo de los pueblos del mar Egeo.

El libro de Juan de Patmos está plagado de elementos supersticiosos, pues en los cien años siguientes a la muerte de Cristo la ley de los astros volvió a establecerse con fuerza, como una superstición más poderosa que religión alguna. Hacía furor el horóscopo, el destino, la fortuna, que dependían de los siete planetas. “La Revelación de Juan es, debemos admitirlo, un libro de conjuros. Está repleto de sugerencias de uso ocultista”. En efecto, para ello se ha utilizado durante siglos como un arma de conversión y manipulación ideológica del pueblo llano (un reflejo de ello está en la novela de U. Eco, ambientada en el siglo XIV, *El nombre de la Rosa*, donde el Apocalipsis parece algo muy presente, aunque oculto, en la vida del convento monástico, como lo ha sido el milenarismo en sus diversas facetas y manifestaciones).

Luego señala la alegoría de la bestia, los dragones, que es un palimpsesto, que hunden sus raíces en las etnias paganas que se pierden en la noche de los tiempos; dragones que son un verdadero símbolo que desafía toda explicación, del mismo modo que ocurre con el mito. La explicación racional del antropólogo Sir James G. Frazer en su influyente obra, un hito de la antropología moderna, *The Golden Bough*, publicado en 1922, no sirve, puesto que tales mitos han de sentirse y vivirse emocionalmente, algo que no puede hacer el hombre moderno, cuya capacidad de emoción e imaginación, insiste Lawrence, ha muerto sin remedio.

Lawrence no vio su *Apocalipsis* publicado, pero ya estaba acostumbrado a esos sobresaltos que le dispensaba la censura. Su tono profético y visionario hizo de él un individuo socialmente nocivo para los políticos y moralistas del momento, que no dudaron en censurarle algunas de sus obras más críticas del *stablishment*. Recordemos que viaja dos años por Italia y Alemania en fuga con la alemana Frieda von Richthofen, a la sazón casada con la mujer de su profesor de alemán, un tal Mr Weekley. Ya había terminado por entonces su obra maestra, *Sons and Lovers* (1913) a sus 27 años, que será leída por la crítica en clave freudiana. De hecho, dos de sus mejores ensayos se titulan, *Psychoanalysis and the Unconscious* y *Fantasia of the Unconscious*, escritos en 1921 y 1922 respectivamente en New Mexico. Vuelven de Alemania en verano de 1914 y se casan cuando se está precisamente fraguando la Gran conflagración bélica. Vivían ambos precariamente de los escritos periodísticos de Lawrence. La pareja despertó sospechas y fueron vigilados durante la Guerra y confinados en un pueblo

del remoto Cornwall. Estos años de guerra escribiría sus novelas mejores y más conocidas, *Women in Love* y *The Rainbow*. Después de la guerra viajarían largo tiempo por Sicilia, Ceilán (hoy Sri Lanka), Australia (donde escribe la novela *Kangaroo*), América del Norte (New México donde la cultura azteca le inspirarían *The Plumed Serpent*). Su última novela, *Lady Chatterley's Lover*, fue prohibida por pornográfica hasta que se celebró un célebre juicio a la editorial Penguin en 1960, recibiendo finalmente un debatido *nihil obstat* por parte de un jurado. En 1982 la traduce Ediciones Orbis al español, aunque antes hubo una edición argentina. En un rancho de América se asientan varios años hasta que en 1929 deciden volver a Inglaterra, pero para entonces Lawrence ya había enfermado gravemente de tuberculosis, muriendo al año siguiente a los 44 años en Vence, pueblecito cercano a Antibes, en la costa azul francesa.

Aunque a Lawrence le consideran un autor cuyas ideas heterodoxas chocaban con la tradición británica de la época fue un pensador influyente, por más que él mismo renunciara explícitamente al papel de líder de opinión. En *Fantasia of the Unconscious* había escrito: "The generality of the readers had better just leave it alone. The generality of critics likewise. I really don't want to convince anybody. It is quite in opposition to my whole nature...". Ello dice mucho de la independencia de espíritu con la que escribió toda su vida. ¿Pero por qué el miedo al futuro, a lo que se está gestando históricamente y volver despavorido al refugio de primitivas sociedades, de antiguas culturas? La ciencia positivista, calculadora y fría como un cuchillo, se interesaba por los fenómenos según la 'ley de la causa y efecto', dejando al margen otros saberes humanos más vivos y vitales, "Our science is a science of the dead world" –dirá Lawrence- "Even biology never considers life, but only mechanistic functioning and apparatus of life". Ciencia contra ciencia: cree Lawrence que se huye del misterio de la vida, de la sabiduría intuitiva del hombre como ser vivo, incluso de su sexualidad más elemental, hilo vital con las que se urde el tejido de las generaciones, tema preferido en sus novelas. E. M. Forster comparte, en cierta medida, algunas de esas ideas.

En el prólogo a *Fantasia* escrito en Taormina (Sicilia) en 1921: "I honestly think that the great pagan world of which Egypt and Greece were the last leaving terms, had a vast and perhaps perfect science of its own, a science in terms of life. In our era this science crumbled into magic and chalatanry. But even wisdom crumbles." Esos saberes humanos que compartían globalmente todas las culturas primitivas, por muy alejadas que estuvieran unas de otras, son producto de intercambios tan cosmopolitas en la comunicación como lo podrían ser hoy. De acuerdo con J. G. Frazer, "How far the facts point to an early influence of Africa in Italy, or even to the existence of an African population in Southern Europe, I do not presume to

say. The prehistoric relations between the two continents are still obscure and under investigation.” (Preface to “The Golden Bough”). Los símbolos y los mitos que dominaban el mundo primitivo son semejantes y están relacionados en todos los pueblos, desde el azteca al aborigen de las antípodas. La antropología cognitiva da cumplida explicación, razonada y convincente, de estos hechos, muy de acuerdo con la psicología evolutiva (cf. John Tooby y Leda Cosmides, 1992). Lawrence, más interesado en su ficción por el devenir de la identidad de conciencia personal a lo largo del tiempo escribió esta profunda frase que está en la raíz de esos estratos generacionales de su gran obra *The Rainbow*, “I do not believe in evolution, but in the strangeness and rainbow-change of ever-renewed creative civilizations”. Tal “rainbow change” implica la generación de nuevas conciencias individuales (colores distintos) dentro de ese conjunto global que es el mismo arco de un solo color en el fondo. Por eso dice en *Apocalipsis*: “Mi individualismo no es en realidad más que una ilusión. Soy una parte de la totalidad y no podré escapar nunca”. He ahí el dilema, la aporía insoluble.

La gran ‘apocalipsis’ personal de Lawrence era no ya la destrucción, sino la resurrección física del cuerpo en lugar de la del alma, puesto que para él “the soul is the body”. Dándole la vuelta a la frase tópica de la Revelación, “la Carne es la que se convierte en Verbo”, que, formulada de otra forma, equivale a que el ave Fénix renacerá de sus propias cenizas mortales. Lawrence es un exaltador del instinto convertido en “researcher into religious emotion” como lo describiría T. S. Eliot, no sin cierta aversión. Dylan Thomas, por la misma época, se sintió iluminado por esa idea cuando dice en un verso de su inspirado y emotivo poema *Death shall have no dominion*: “Heads of the characters hammer through daisies / break in the sun till the sun breaks down”. El poeta galés ve al hombre común e individual no sucumbiendo derrotado sino izándose, como en una resurrección de la carne, por entre las malvas de la tumba, asaltando al sol fuente de energía, porque la muerte destructora al final no debe vencer y afincar su reino, sino el dinamismo de la vida. Ese es el sentido del *Apocalipsis* para Lawrence.

Por la misma época W. B. Yeats, oficiante de lo esotérico y lo simbólico habló de la Revelación, augurando profecías proferidas en voz baja que sólo los iniciados en lo oculto sabían desentrañar. En el fondo, al igual que ocurre con Lawrence, es una preocupación religiosa, natural e intimista, de alguien que rechaza modelos cercanos y familiares de culto público. Con Lawrence comparte el poeta irlandés la preocupación por el rumbo que toma la civilización occidental (¿podríamos añadir aquí a Ortega?), donde lo individual pierde valor ante la marea de la masa (la rebelión de las masas), la nueva democracia devaluada y el poder

prevaleciente de la colectividad. El fenómeno estaba cuajando y deslizándose hacia los extremos, el del comunismo y el fascismo. Uno de los poemas de Yeats más inspirados y esotéricos, *The Second Coming*, aborda con angustia la era apocalíptica: "Things fall apart; the centre cannot hold / Mere anarchy is loosed upon the world". Y sigue algo más abajo: "Surely some revelation is at hand / Surely the Second Coming is at hand / The Second Coming! Hardly are those words out / When a vast image out of 'Spiritus Mundi' / Troubles my sight.

Lawrence se preocupa en su obra de desentrañar el simbolismo esotérico subyacente en los números del Apocalipsis, con los que prueba que tal libro es una mala copia mal traducida de antiguos mitos e imágenes paganas. ¿Quién es capaz de traducir en palabras esas imágenes? se pregunta. El libro difícilmente se adapta al estilo y espíritu de la Biblia, como así lo probaron ya eruditos orientales. Tal vez fuera escrito por judíos apocalípticos antes incluso de Cristo, para luego pasar por muchas manos que lo manipularan durante una centuria y entonces todo tendría más sentido. Lawrence hace varias conjeturas al respecto, todas ellas basadas en la inadecuación del tema con el tono y espíritu bíblico y en las claves esotéricas que maneja el pseudoautor. Leyendo este fascinante libro, percibimos que Lawrence tenía una facultad especial para adentrarse en esos laberintos enmarañados de lo simbólico con una mirada a un tiempo compleja ante cosas sencillas y simplificadora ante fenómenos complejos. Así lo veía también Aldous Huxley en la introducción a *Letters of D.H. Lawrence*: "Parecía como si mirase las cosas con los ojos de un hombre que ha pisado el umbral de la muerte y al que se le ha revelado, al salir de la oscuridad, el mundo inefablemente bello y misterioso...".

Tal vez también José Luís Palomares, traductor de esta extraordinaria edición compartía con Lawrence de esa misma visión de las cosas que encierra el gran misterio de la vida.

[VICENTE LÓPEZ FOLGADO]

ALVAR, Carlos, *Traducciones y Traductores. Materiales para una historia de la traducción en Castilla durante la Edad Media*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos ("Colección Historia y Literatura"), 2010, 580 páginas.

Obra del prestigioso romanista Carlos Alvar, Director del Centro de Estudios Cervantinos y Presidente de honor de la Asociación Internacional de Hispanistas, que consta de cinco grandes partes, ordenadas cronológicamente, y a su vez subdivididas en numerosos epígrafes, varios *Excursos*, Bibliografía y un Índice de nombres y obras según la siguiente organización: